

Un viejo amor

SOLEDAD SÁNCHEZ FLORES

Cuando llegó septiembre, no te costó trabajo meter las maletas en el autobús y poner kilómetros de distancia. No muchos. Los justos. Cada maleta que subías, un peso menos que llevabas a tus espaldas. Te habías criado en un pueblo en el que te preguntaban «¿tú de quién ereh?» y, al responder con el apellido de tus padres, quedaban el descubierto las intimidades de tu árbol genealógico, desde la abuela de tu bisabuela hasta tus sigilosos devaneos del fin de semana pasado.

Cruzaste la Puerta de Almodóvar como un perro hambriento, querías comerte Córdoba y no sabías por dónde empezar. El primer año eras tú un lunes vaciando medio bote de mayonesa en las patatas fritas para cenar, eras tú un martes tomando una caña para digerir las dos horas de Teoría de la Literatura que te habías tragado, eras tú un miércoles quedando con un grupo de erasmus en busca de nuevas experiencias, eras tú un jueves llegando tarde a Filosofía y Letras porque

te habías liado hasta entrada la madrugada, eras tú un viernes dándolo todo en Góngora y un sábado desayunando sobras de pizza resecada de la noche anterior. Fuiste tú un domingo viendo una montaña de apuntes sin estudiar, pero también tú sin tener que darles explicaciones a tus padres de cualquier mala decisión.

Entonces llegó él. Los exámenes de junio estaban cerca y coincidisteis en la biblioteca de la Facultad. En la puerta, tú bebías capuchino de máquina y él fumaba tabaco de liar. Os mirasteis. Os sonreísteis. Os pedisteis los números. Y desde ese momento supiste que estarías con él y que no volverías al pueblo. Pero volviste al pueblo. No tenías dinero y tus padres te habían castigado. Pasaste el verano encerrada porque te habían quedado dos troncales y porque la gente del pueblo te aburría demasiado: ayudabas a la abuela a coger tomates y sandías de la huerta, pasabas las tardes viendo HBO y leyendo libros que nunca terminabas, y cada cinco minutos, mirabas el móvil. Siempre alguna conversación pendiente con él. Tus amigos te llamaban para verte a ti, pero tú solo querías volver a Córdoba y verlo a él.

Al regresar, él te dijo que te había echado de menos y tú le confesaste que tenías ganas de más. El segundo año no fuiste tú, fuisteis vosotros durmiendo juntos en camas de 90, declarándoos secretos al oído, compartiendo cuerpos, horas de estudio y cuencos de palomitas frente a la pantalla del ordenador. Erais vosotros de la mano buscando una sombra en las Tendillas, vosotros comprando vino barato para la noche y

zumo de naranja exprimido para desayunar, erais vosotros guardando euros en una hucha para hacer vuestro primer viaje como pareja oficial. Ese año desapareciste del grupo de WhatsApp de los amigos del pueblo, también disminuiste las salidas nocturnas entre semana y tus notas empezaron a destacar. Cuando llegó julio, volviste a casa como el que va camino del matadero. Pasaste el verano encerrada, y esta vez no fue porque te hubieran quedado dos, sino porque la aventura a Nerja con tu novio les había costado un disgusto a tus padres. No te importó, lo usaste como excusa para no quedar con los pocos amigos que te quedaban en el pueblo. «¿Botellón el sábado?». Preferías ayudar a la abuela a coger jazmines para espantar a los mosquitos en la noche y *stalkear* a tus amigos de Córdoba en Instagram. Ya casi nadie preguntaba por ti, y a ti eso tampoco te importaba demasiado.

En el septiembre de tu tercer año, te costó trabajo subir toda la mudanza e instalarte en tu nuevo piso de Ciudad Jardín. Una maleta grande, otra de mano, un saco con las toallas, edredón, juego de sábanas, una caja con apuntes y un mensaje de WhatsApp: «no puedo esperar a verte esta noche». Llevabas sin verlo dos meses, pero no quedaste con él ese día, te fuiste a la Libra de cervezas con tus compañeros de la Universidad. Ese verano no solo lo habías echado de menos a él. Durante el curso, no dejasteis de ser vosotros, pero empezaste a ser de nuevo tú. Eras tú y tu gente matando el tiempo durante Historia de la Lengua en la cafetería

de la Facultad, eras tú dándole calabazas a otros en una noche de chupitos en el Velouria, eras tú en el Tablero eligiendo cualquier película que seguramente ibas a olvidar, tú de tiendas en la calle Cruz Conde para estrenar el fin de semana, tú de botellón en casa, tú riendo a carcajadas y, entre trago y risa, respondiéndole un WhatsApp a él. Eras tú dándole explicaciones por no poder veros tan a menudo como antes. Erais también vosotros abrazados al dormir, cenando del Tatá Piza en la cama y duchándoos con agua fría después del sexo frente al ventilador. Fue él quien te pidió que te quedaras en Córdoba ese verano y fuiste tú la que quisiste, pero no pudiste quedarte. En el mes de julio tus padres te hicieron una fiesta por tus notas y él te anunció que había decidido irse de erasmus a Alemania.

Tu cuarto año fue tu último año, rápido, doloroso, extático. Eras tú viendo fotos de él en un lugar que tú no estabas y con gente que tú no conocías y agarrando a chicas que no eras tú. Eras tú cancelando los billetes de avión en Navidad y diciéndole «adiós» por *WhatsApp*. Eras tú pensando mucho en él. Pero también eras pasando páginas del calendario, anotando fechas de exámenes, planeando el viaje a Italia con tus amigos en agosto, tú viendo el último amanecer de las Cruces de Mayo. Eras tú bajo el sol de junio echando currículos para no tener que volver en verano al pueblo, tú organizando una fiesta de despedida con los que habían sido tus inseparables, tú haciendo el discurso para la graduación y abrazando a profesores que te

habían evaluado, enfadado, argumentado, escuchado y mostrado puertas abiertas que antes no veías. Fuiste tú en una foto en la fachada de la Facultad.

Llegó julio y tus padres vinieron a ayudarte con la mudanza. Fue la primera vez que pasaron el día contigo allí. También fue la última. En el coche, miraste por la ventanilla y te echaste a llorar. No tenías dinero. No tenías trabajo. Aún esperabas la resolución de alguna beca. Volvías irremediabilmente al pueblo y no era por él por quien llorabas. Habías sido novata, independiente, infantil, adulta, habías sido una amazona cabalgando sobre tierras por conquistar. Él solo había sido una parte más de ese territorio que habías hecho propio. Siempre fuiste tú, abriéndote al mundo a través de tu carrera y haciendo de Córdoba el territorio de tu libertad.

Y un día, tú regresarás y la mirarás como la mirabas esa tarde a través de las lágrimas y de la ventanilla del coche. Como dos viejos amores del pasado que se desnudaron, que se nutrieron y que se hicieron uno al otro, uno con y frente al otro. Dos viejos amores que se reconocen, que se extrañan, pero que ya no se pertenecen.

